

**Sobre “Visiones de Tiempo” de Thais Kouri
La Parada Fotografía - Barcelona, España, 2013**

Autor: Alejandro León Cannock

24.03.2104

*“El tiempo es un río que me arrebató, pero yo soy el río; es un tigre que me destroza, pero yo soy el tigre;
es un fuego que me consume; pero yo soy el fuego. Cuando el tiempo nos arrebató, nos destroza, nos
consume, somos nosotros mismos quienes lo hacemos, somos el tiempo...”*
Jorge Luis Borges

La forma en que una cultura determina el fenómeno del tiempo define la manera en que sus individuos habitan la tierra. A partir de la Revolución Industrial y el desarrollo del capitalismo, nuestra experiencia del tiempo -en Occidente, pero cada vez más a nivel global- está gobernada por una lógica instrumental que apunta implacable y ferozmente a un único objetivo: la eficiencia en la producción y el consumo de bienes y servicios. Vivimos una temporalidad cronológica, fraccionada, cuantificada y homogénea, que atraviesa todas nuestras actividades: el *tiempo de trabajo*, sin duda, pero también el *tiempo de ocio*. Incluso nuestros cuerpos, sus deseos y potencias, están cortados por la navaja del tiempo industrial, creados a su imagen y semejanza.

¿Es posible acceder a una experiencia del tiempo que nos permita crear otras formas de habitar el mundo: nuevas relaciones con la naturaleza, entre los seres humanos y con nuestra propia vida interior? ¿Cómo hacer saltar los grilletes que han aprisionado el tiempo bajo la forma del rendimiento? Toda posición hegemónica engendra sus propios elementos de disidencia. Ya en el siglo XIX surgieron figuras entregadas a modos de vida no dominados por esta modulación de la temporalidad: los dandis y *flâneurs*. En el siglo XX, las vanguardias artísticas más importantes (dadaístas, surrealistas, situacionistas) desarrollaron estrategias de ruptura, como la deriva, para escapar del tiempo del capital.

El trabajo de Thais Kouri, **Visiones de tiempo**, se sitúa en esta línea crítica. Ella parte de una intuición íntima: se siente atrapada por el tiempo, siente que está contra el tiempo, que debe ir más de prisa. Su subjetividad, anómala, no se adecúa fácilmente a las exigencias que hoy nos dominan. Algo falla, *ella falla*. Está desgajada, desgarrada, herida. Su cuerpo experimenta las convulsiones, el temor y el temblor de lo que se ubica más allá de los márgenes del sistema, en un umbral de otredad que es un espacio potencial de indeterminación. Y entonces, ahí, cae. Cae en la negra noche donde las coordenadas se han perdido, donde no hay arriba ni abajo, ni izquierda ni derecha; donde la tríada pasado-presente-futuro se ha diluido; donde incluso sus propios límites, aquellos que le dan forma a su cuerpo y le permiten decir “yo”, empiezan a desaparecer. Y ahí, recostada, anónima y protegida, empieza a girar. Y se reconoce *siendo tiempo*. Y, como en el dolor paradójico del parto, sus movimientos desfiguradores, cargados de deseo y erotismo, engendran belleza. Y los giros se convierten en danza. Y la danza, en vida, pues expresa el nacimiento de un nuevo cuerpo: un cuerpo solar para una tierra y un tiempo diferentes.